

ISSN: 1130-2887 - e-ISSN: 2340-4396
DOI: <https://doi.org/10.14201/alh2017752354>

RASTREANDO LAS DINÁMICAS TERRITORIALES DE LA FRAGMENTACIÓN PARTIDISTA EN MÉXICO (1991-2015)

*Tracing the territorial dynamics of party fragmentation
in Mexico (1991-2015)*

Willibald SONNLEITNER
El Colegio de México, México
✉ wsonleitner@colmex.mx

Fecha de recepción: 27 de octubre del 2016
Fecha de aceptación y versión final: 1 de febrero del 2017

RESUMEN: En las últimas décadas, la política mexicana transitó de un régimen corporativista y autoritario, de partido hegemónico, a un multipartidismo más plural y competitivo. En los noventa, este se estructuraba en torno a tres fuerzas antes de fragmentarse y alcanzar un promedio de 5,6 partidos efectivos en 2015. ¿Cómo interpretar este proceso de fragmentación político-partidista desde una perspectiva estructural? ¿Cuáles han sido sus principales dinámicas temporales y territoriales? ¿Qué consecuencias han tenido estas sobre la nueva geografía electoral de México?

Palabras clave: fragmentación política; elecciones; número efectivo de partidos políticos; geografía electoral; análisis espacial.

ABSTRACT: Over the past decades, Mexican politics evolved from a closed, corporative and hegemonic-party authoritarianism, towards a more plural and competitive multi-party system. In the nineties, three relevant parties structured electoral politics. But this system soon fragmented and reached an average of 5.6 effective parties in 2015. What causes and drives political and partisan fragmentation in Mexico? Which have been the main temporal and territorial dynamics? How did they reshape Mexico's electoral geography?

Key words: party fragmentation; elections; effective number of electoral parties; electoral geography; spatial analysis.

I. INTRODUCCIÓN: DEL ANTIGUO RÉGIMEN A LA FRAGMENTACIÓN PARTIDISTA¹

Un fantasma recorre México: el fantasma de la fragmentación política. Todas las fuerzas del Antiguo Régimen se han unido en coaliciones diversas para conjurarlo o para ignorarlo. ¿Cuántos no piensan en las elecciones en un formato tripartidista, con configuraciones supuestamente bipartidistas en muchos estados de la República? ¿Cuántos no consideran que la responsabilidad de las crisis repetitivas de la economía, la inseguridad y la corrupción recae en una partidocracia sólidamente implantada? ¿Cuántos no anhelan su sustitución por candidatos *honestos e independientes*, salvación única para contrarrestar el poder virtualmente ilimitado de los *partidos políticos*?

Y, sin embargo, esta percepción generalizada podría, con un sistema de partidos en plena descomposición, estar sesgada. Carentes de liderazgos atractivos y de programas coherentes, de militantes leales y de electores convencidos, los partidos se han transformado en los villanos favoritos de la política: son acusados de todos los males y solo destacan por los niveles récord de rechazo que suscitan en la ciudadanía. Según las multicitadas encuestas que recoge anualmente el Latinobarómetro, en 2015 tan sólo el 2% de los entrevistados declaraban tener *mucha* y el 14% *algo* de confianza en ellos (Latinobarómetro 1995-2015). A la luz de estos datos y premisas, ¿cuán arraigado e institucionalizado –o cuán fragmentado y debilitado– está actualmente el sistema de partidos mexicano?

Iniciemos con el contexto sociohistórico más amplio para situar el problema de investigación. Los procesos de fragmentación se manifiestan hoy en los más distintos ámbitos de la vida económica y social, religiosa y espiritual, cultural y política. Se reflejan en la erosión de las más diversas identidades colectivas (incluyendo las más visibles, como las de género y de clase) pese al incremento de las desigualdades. Para no perderse en las turbulencias de esta reconfiguración más amplia, este trabajo se centra en su vertiente más estratégica para la democratización mexicana: la fragmentación partidista. Esta se deriva del declive de las identidades políticas tradicionales –particularmente las que se forjaron durante el nacionalismo revolucionario– y de la descomposición del nuevo sistema de partidos –que surgió durante el período más reciente de transición–.

Como es bien sabido, México nunca tuvo realmente un régimen de partido único. Desde su primera encarnación (bajo la sigla del PRM) el partido *hegemónico* que gobernó a partir de 1929 se fundó con base en coaliciones con centenas de organizaciones –más personalistas que formales–, cuyos caudillos detentaban el poder en los ámbitos local y regional (Hernández Rodríguez 2016). Incluso durante el apogeo del régimen

1. La investigación que sustenta este trabajo fue iniciada durante una estancia sabática en las Universidades de Harvard y de Chicago, en 2015. Versiones preliminares de los resultados fueron presentadas en distintos talleres de investigación en las Universidades de Chicago (7 de octubre de 2015), Notre Dame (11 de diciembre de 2015) y Salamanca (30 de junio de 2016, durante el Simposio organizado por Compas y Espacio ALACIP en el marco del Congreso de CEISAL). El autor agradece los comentarios recibidos en estos debates, los consejos de Rodrigo Rodrigues, Sonia Terrón y Guillermo Trejo, así como los comentarios y las sugerencias de dos evaluadores anónimos de *América Latina Hoy*, *Revista de Ciencias Sociales*, a la primera versión de este artículo.

postrevolucionario siguieron sobreviviendo decenas de partidos pequeños que participaron regularmente en los comicios federales y estatales (Reveles 2005). Lo que es nuevo, por lo tanto, no es ni la cantidad ni la volatilidad del número de partidos con registro legal.

Lo inédito es que ahora dichos partidos han dejado de jugar un papel marginal o testimonial para posicionarse como actores estratégicos en el juego político-electoral. Durante el régimen posrevolucionario, la participación de los famosos partidos *satélite* cumplía una función legitimadora y contribuía a la reproducción del poder autoritario. Solamente después de las reformas de 1977 algunas organizaciones empezaron a autonomizarse para contribuir activamente al largo ciclo de negociaciones que terminó pluralizando el régimen. Luego vino la lucha por la equidad y la transición paulatina hacia un régimen más abierto y plural, con aspiraciones razonables de gobierno en el ámbito municipal y alternancias tangibles al alcance de los dos principales partidos que encabezaron la oposición electoral (Becerra, Salazar y Woldenberg 2000; Loeza 1999 y Reveles 2005).

Pero, contrario a una lectura estática y holista, la política mexicana no se congeló en torno a clivajes durables, ni se cristalizó en un sistema estable con tres partidos relevantes. De forma discreta y difusa, bajo el cobijo de una miríada de alianzas cruzadas y precarias, siguió fragmentándose en todos los niveles a lo largo y ancho del territorio nacional. Ahora, los partidos *pequeños* no solo ganan centenas de escaños en los cabildos y en los congresos locales, sino que gobiernan centenas de miles de ciudadanos en el ámbito municipal, han logrado conquistar gubernaturas, y se están preparando para competir, bajo la sombra y liderazgo de algún *candidato independiente*, en la mismísima contienda presidencial.

Esta investigación explora las raíces socioterritoriales de esta transformación profunda desde una perspectiva subnacional, en el nivel de los 300 distritos legislativos que integran la geografía electoral mexicana en 2015². Se centra en el análisis de un indicador sintético que capta la esencia del cambio. A diferencia del número absoluto de partidos registrados que participan en alguna elección, el *Número Efectivo de Partidos Electorales* (NEPEL) proporciona una buena aproximación del número de organizaciones relevantes y del nivel de fragmentación del sistema de partidos. Su cálculo requiere nociones de probabilidad estadística, pero su interpretación es simple e intuitiva: al ponderar el peso de cada fuerza contendiente por su propio resultado electoral, el

2. Este nivel de análisis, que corresponde a las circunscripciones en las que se eligen los diputados uninominales, presenta ventajas e inconvenientes: se trata de territorios abstractos que no coinciden con otras fronteras significativas para los ciudadanos (cuya mayoría ignora sus confines, su existencia y hasta la identidad de sus representantes). Pero, al mismo tiempo, su diseño integra un criterio de equidad que busca el equilibrio demográfico entre circunscripciones, en vistas de minimizar problemas de sobrerepresentación política (*malaportionment*). En 2012 el promedio poblacional fue de 265.000 electores por distrito, con un rango de 186.000-458.000 y una desviación estándar de 36.700 inscritos (IFE 2012). Esto facilita su comparación nacional: al reducir la enorme complejidad de las secciones electorales a 300 distritos de tamaño comparable; como veremos, también presenta ventajas para su representación cartográfica y para su análisis espacial.

NEPEL capta el número (teórico) de partidos de tamaño equivalente que se reparten el voto en una circunscripción dada³. A su vez, el inverso del NEPEL proporciona un buen indicador del umbral efectivo que hay que superar para ganar la mayoría relativa de votos: cuando es igual a 2,0 su inverso resulta ser igual al 50% (= 1/2,0); cuando alcanza 5,6 (es decir, su promedio nacional en 2015) su inverso equivale al 17,9% (= 1/5.6) del sufragio válido.

¿Qué nos indica, ahora, la evolución reciente del NEPEL en México? Para captar las dinámicas temporales y territoriales de la creciente fragmentación partidista, este trabajo explora la dispersión del voto en su agregado nacional y en el nivel de los 300 distritos legislativos federales. Analiza la distribución, el origen y el perfil sociodemográfico de la fragmentación, así como la ubicación y la presencia territorial de los actores emergentes para proporcionar una síntesis de la nueva geografía político-partidista. Con ello, se busca contribuir a la comprensión de un fenómeno crucial en un contexto de debilitamiento de las identidades políticas tradicionales y de elevada inestabilidad del voto.

II. LAS TRANSICIONES ELECTORALES DE MÉXICO: DEL ANTIGUO RÉGIMEN AL DESORDEN «DEMOCRÁTICO»

La política mexicana atraviesa una situación paradójica: a pesar de contar con elecciones cada vez más competidas y confiables, estas enfrentan una crisis alarmante de legitimidad. Tras haber alcanzado el 86% en 2000, la confianza ciudadana en la limpieza electoral tocó fondo con el 28% en 2015, situándose en el nivel más bajo registrado en México desde 1997 y en toda Latinoamérica en 2015 (Latinobarómetro 1995-2015).

Dicha paradoja contemporánea se relaciona con otra paradoja, estructural e histórica: desde 1929, las elecciones mexicanas no servían para *elegir* a los gobernantes, pero *sí lograban legitimarlos* mediante campañas rituales que movilizaban masivamente a las élites, a los cuadros y a las bases del partido autoritario (Adler-Lomnitz, Lomnitz y Adler 1990). Dicha lógica se rompió en 1988, cuando una masa crítica de actores cuestionó públicamente la validez de los resultados presidenciales. A partir de entonces, las elecciones se han vuelto cada vez más plurales y competitivas. Hoy, estas no solo sirven para *elegir*, sino, también, para sancionar a muchos representantes mediante alternancias en todos los niveles de poder. No obstante, ahora las elecciones ya *no logran legitimar* a los gobernantes. Los niveles modestos de participación preocupan constantemente a las élites políticas, y se está perdiendo incluso la credibilidad procedimental que el IFE construyó con arduos esfuerzos durante 25 años (Alvarado, Sánchez y Sonnleitner 2013).

3. Dicho índice goza de un amplio consenso en la ciencia política. Se calcula como el inverso de la suma de los cuadrados de los porcentajes de votos obtenidos por cada partido: $NEPEL = 1/\sum P_n^2$. También suele calcularse con los porcentajes de escaños de cada partido con representación, y mide, así, el nivel de fragmentación parlamentaria (M. LAAKSO y R. TAAGEPERA, 1979).

Pero son, sobre todo, los liderazgos y los partidos los que conocen una profunda crisis de credibilidad. Tras haber suscitado todas las expectativas, las alternancias reflejan ahora un voto de rechazo y castigo hacia los gobernantes. De un período encantador de primavera democrática, hemos pasado a uno mucho más frustrante: de desencanto ciudadano.

II.1. De la estabilidad del voto corporativo, a la volatilidad del sufragio fragmentado

Los comicios legislativos más recientes cuestionan una percepción recurrente del sistema de partidos mexicano. Este ha pasado de un juego estructurado en torno a tres actores relevantes de arraigo nacional, a uno mucho más fragmentado e inestable con una miríada de fuerzas de desigual presencia territorial. A nivel agregado, la profundidad de dicha transformación se aprecia en cinco tendencias concomitantes que se perciben con claridad en los Gráficos I y II, y se describen a continuación.

- a. *El declive constante de los tres principales partidos políticos* que predominaron durante el período de apertura democrática.

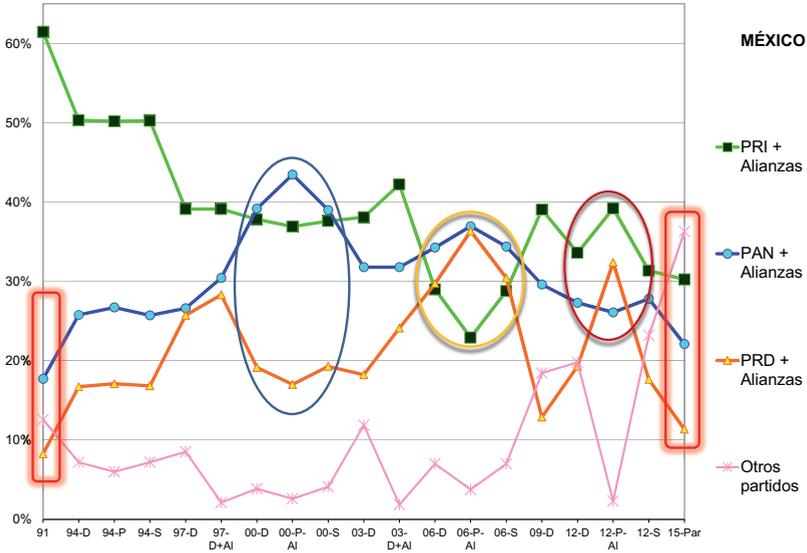
Tras haber pasado paulatinamente del 91% al 61,5% de los votos válidos entre 1961 y 1991, el PRI acusó una fuerte caída en 1994 y 1997, antes de estabilizarse hasta 2003, y de tocar fondo en 2006 y en 2015, con un 30,4% de los sufragios. A su vez, el PAN y el PRD pasaron de promedios del 30,7% y 20,2% entre 1994 y 2012 a porcentajes similares a los obtenidos a principios de los noventa (del 20,2% y 11%, respectivamente). Así, mientras que en la década de 1990 estos tres partidos sumaron el 92% del voto válido, apenas recibieron el 63,7% de los sufragios en 2015 (Gráfico I).

- b. *El sutil, pero crucial papel del voto estratégico y cruzado* durante las elecciones presidenciales democráticas, mejor conocido como el *voto útil* en México.

Al menos desde la contienda del 2000, este comportamiento electoral adquirió una importancia decisiva en los comicios mexicanos. Ese año, Vicente Fox conquistó la presidencia de la República con el 42,5% de los sufragios, mientras que los legisladores de su alianza solamente captaron el 39,2% de los votos válidos. Sin ese voto cruzado, el resultado de la presidencial hubiese sido mucho más cerrado, ya que el margen de victoria de la Alianza por el Cambio en las legislativas solo fue de 1,4 puntos porcentuales (Gráfico I).

GRÁFICO I

TENDENCIAS NACIONALES DEL VOTO EN LAS PRESIDENCIALES Y LEGISLATIVAS FEDERALES
 (POR PARTIDOS Y ALIANZAS, 1991-2015)



Fuente: Elaboración propia.

Seis años después tanto Andrés Manuel López Obrador como Felipe Calderón sumaron, respectivamente, 6,3 y 2,5 puntos porcentuales más que los diputados de la Coalición por el Bien de Todos y del PAN. Fue precisamente por esa razón que la presidencial del 2006 resultó tan reñida (ya que los legisladores del blanquiazul sumaron 4,5 puntos porcentuales más que sus adversarios coaligados de la alianza de izquierda). En 2012, finalmente, AMLO superó, una vez más, los resultados legislativos del Movimiento Progresista y obtuvo 4,1 puntos adicionales (es decir, un punto menos que el voto priista de la coalición presidencial).

Estos efectos son mucho más acentuados cuando se observan en niveles desagregados de la geografía, y pueden rebasar, 25% de los sufragios válidos en algunas casillas electorales. ¿Siguen votando los mexicanos disciplinadamente a favor de partidos con los que se identifican de forma positiva y estable o están votando cada vez más por –o quizás incluso– *en contra de* personas (im)populares o candidatos (in)deseables?

- c. La discreta, pero *creciente importancia de alianzas circunstanciales* con fuerzas políticas de *menor* relevancia, cuyo papel efectivo ha tendido a ser subestimado e invisibilizado por muchos análisis agregados.

Sin los sufragios de su aliado de coyuntura (el PVEM), la victoria de Vicente Fox en las presidenciales de 2000 hubiera resultado mucho más cerrada, tal y como lo evidencian los votos que captaron los otros candidatos del PAN en las legislativas concomitantes de 2000. Seis años después, la Coalición por el Bien de Todos que construyó Andrés Manuel López Obrador (AMLO) también evitó la dispersión del voto y contribuyó a que cerraran los resultados de dichas presidenciales, con una diferencia de 0,56 puntos porcentuales. En 2012, finalmente, el Verde Ecologista le aportó 5,7 puntos porcentuales a Enrique Peña Nieto, que solamente recibió el 33,5% bajo las siglas del PRI: sin estos 2,8 millones de sufragios, la contienda se hubiese cerrado considerablemente, ya que AMLO sumó a su vez el 32,4% del voto válido.

- d. El *crecimiento*, lento pero constante, *de los partidos políticos «menores»* (es decir, distintos al PRI, PAN y PRD, que hasta hace poco no eran percibidos como alternativas verosímiles de gobierno).

Mientras que, en los noventa, estos partidos apenas movilizaban el 6,5% de los electores, su promedio incrementó al 9,8% entre 2003 y 2009, antes de sumar el 19,8% en 2012 y de rebasar al mismo PRI en 2015, con el 36,3% del voto válido. Durante ese mismo período, el NEPEL pasó, en promedio, de 2,8 a 5,6 actores relevantes (Gráfico II).

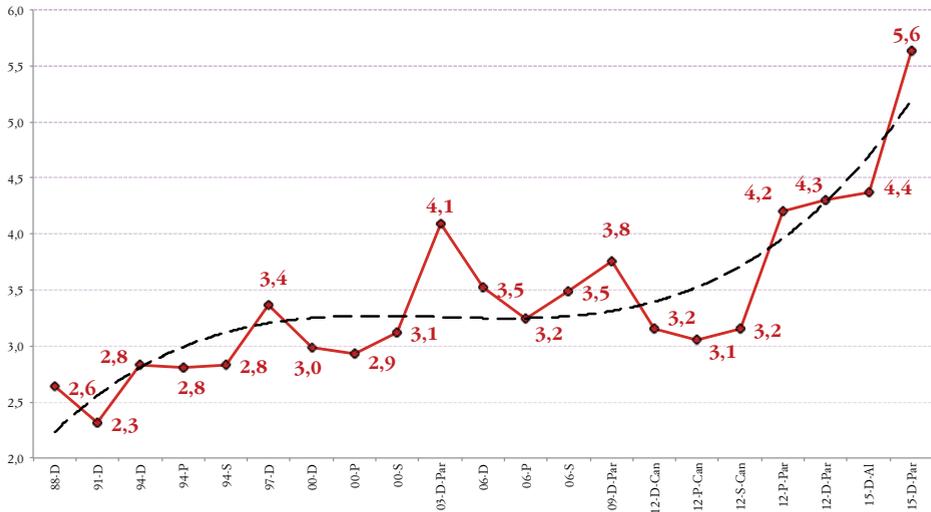
- e. La transformación, profunda y contraintuitiva, del perfil socioterritorial de la participación electoral.

Tras haberse caracterizado por un patrón atípico durante el período autoritario —cuando las mayores tasas de movilización se registraban en los lugares con menor desarrollo socioeconómico y con mayor presencia del PRI—, la participación electoral adquirió un perfil habitual en los noventa —cuando esta incrementó en los distritos con mayores niveles de desarrollo y mayor presencia de partidos de oposición—. En un país cada vez más urbanizado, ello contribuyó de forma decisiva a la transición política y reflejó un cambio fundamental en los patrones de movilización ciudadana (Klesner y Lawson 2001).

No obstante, dicho perfil empezó a debilitarse en 2003 antes de desaparecer en 2009 y en 2012 —y de revertirse de nuevo en 2015—. Ahora, hemos regresado al patrón de los setenta: como entonces, la participación electoral en 2015 se concentra en los distritos rurales y en las secciones con mayores niveles de marginación, se asocia positivamente con el desempeño electoral del PRI y negativamente con los electorados de los partidos opositores de reciente creación, particularmente los de MORENA, el PS y el PH.

GRÁFICO II

PROMEDIO NACIONAL DEL NÚMERO EFECTIVO DE PARTIDOS ELECTORALES (1988-2015)



Fuente: Elaboración propia.

Cada una de estas tendencias merece un análisis pormenorizado que permita desentrañar sus razones más profundas y calibrar sus efectos prácticos. En este trabajo exploratorio, destacamos el proceso transversal de *fragmentación* que erosiona las bases electorales de los partidos tradicionales. Ante la contundencia de la evidencia presentada, ¿sigue operando la política mexicana en un sistema de tres partidos relevantes o ha llegado el tiempo de revisar esta concepción todavía predominante?

II.2. Las sorpresas de 2015: el espectro de la fragmentación

Los resultados de las últimas legislativas se caracterizan por una impresionante fragmentación: tras haber agregado el 92% de los sufragios en los años noventa, el PRI, el PAN y el PRD apenas suman el 63,7% de los votos válidos en 2015. El resto de las preferencias se dispersa entre siete partidos adicionales, sin contar los candidatos independientes (0,6%) ni las boletas anuladas (4,8%).

La principal sorpresa proviene, sin duda, del éxito contundente de MORENA (que capta de entrada el 8,8% de los sufragios y conquista 35 escaños legislativos, obteniendo el primer lugar en 14 distritos). También sorprenden los resultados del Movimiento Ciudadano (con el 6,4% del voto y 25 escaños legislativos) y de Encuentro Social (con el 3,5% del voto y ocho diputados). A su vez, el PVEM y Nueva Alianza obtienen el 7,3% y el 3,9% de los sufragios válidos, por lo que consolidan sus posiciones estratégicas en

el Congreso, con 47 y 11 diputados federales. En cuanto al Partido Humanista, este no logra pasar el umbral requerido del 3% y pierde su registro. El PT, finalmente, se transforma nuevamente en noticia: con el 2,99% de los votos válidos, este no alcanza el umbral requerido, pero impugna el resultado ante los tribunales y consigue conservar el registro legal (Tabla 1).

Esta lectura de los resultados subraya la importancia de los partidos pequeños y matiza la percepción mediática de una *victoria del PRI*. Considerando la gravedad de la crisis de legitimidad que atraviesa el partido gobernante tras la desaparición de 43 estudiantes en Ayotzinapa y el escándalo de la casa blanca de la primera dama, el 30,7% que registra el tricolor puede ser visto como un resultado positivo. No obstante, se trata de uno de sus peores resultados históricos, similar al registrado tras la debacle de Roberto Madrazo en 2006 (Gráfico 1). A decir verdad, el declive del PRI solamente es compensado por la desproporcionalidad restante del sistema electoral (que le sigue beneficiando como primera minoría), así como por el crecimiento de sus aliados del Verde y Nueva Alianza (que le permiten sumar más de la mitad de los escaños en la cámara baja).

En cuanto al PAN, conserva el segundo lugar, pero registra un porcentaje inferior al que tenía en 1994. Lejos de recuperarse de la derrota de Josefina Vázquez Mota en 2012, el blanquiazul sigue perdiendo electores a pesar –o como consecuencia– de haber gobernado el país durante dos sexenios. No obstante, es el PRD el que acusa el resultado más adverso de los tres partidos que estructuraron la competencia electoral a lo largo de la transición: se trata de su peor desempeño desde 1991, producto de una división profunda y durable que amenaza su posición pivote como tercera fuerza y base alternativa para una candidatura presidencial competitiva (Gráfico 1 y Tabla 1).

Sin embargo, la fragmentación no se limita al crecimiento de los partidos pequeños, sino que se extiende con la proliferación de un tipo nuevo de candidaturas denominadas independientes. Bajo esta figura introducida por la última reforma electoral, 122 ciudadanos manifestaron su intención de competir en los comicios federales de 2015, obteniendo 57 constancias de aspirantes, pero cumpliendo solamente 22 de ellos los requisitos legales de apoyo ciudadano (firmas, etcétera) (INE 2015). Aun así, uno de ellos logró conquistar una diputación federal, a lo que se suma el éxito de otros tres candidatos municipales, de un diputado local e, incluso, de un independiente que ganó la gubernatura de Nuevo León. En particular, las elecciones de Jaime Rodríguez «El Bronco» como primer gobernador apartidista de uno de los estados más industrializados del país, de Manuel Clouthier Carrillo como diputado federal de Culiacán (Sinaloa) y de Pedro Kumamoto como diputado local de Zapopan suscitaron el interés de los medios de comunicación. Pese a su gran visibilidad e importancia en el ámbito local, por lo pronto, las candidaturas independientes solo han tenido efectos marginales a nivel nacional, aunque existen razones para pensar que contribuirán a la fragmentación partidista en el futuro.

En efecto, la descomposición del sistema de partidos no es un fenómeno coyuntural. Aunque suene contradictorio, una parte importante del fenómeno obedece a lógicas estructurales que pueden observarse desde fines de los noventa. Ello se percibe con claridad en la evolución del promedio nacional del NEPEL, que incrementa en

WILLIBALD SONNLEITNER
 RASTREANDO LAS DINÁMICAS TERRITORIALES
 DE LA FRAGMENTACIÓN PARTIDISTA EN MÉXICO (1991-2015)

TABLA I
 UNA CONFIGURACIÓN PARTIDISTA ALTAMENTE FRAGMENTADA (2015)

	PAN	PRI	PRD	PVEM	PT	MC	PANAL	MORENA	PH	ES	CAND. IND.	NO REG	NULOS	TOTAL
Votos	8,379,502	11,638,675	4,335,745	2,758,152	1,134,447	2,431,923	1,486,952	3,346,349	856,903	1,325,344	225,500	52,384	1,900,881	39,872,737
% Total	21,01%	29,18%	10,87%	6,91%	2,84%	6,09%	3,72%	8,39%	2,14%	3,32%	0,56%	0,13%	4,76%	100,00%
% Válidos	22,1%	30,7%	11,4%	7,3%	2,99%	6,4%	3,9%	8,8%	2,3%	3,5%	0,6%	NEPEL	(partidos)	5,63
% Alianzas	22,1%	38,0%	14,4%			6,4%	3,9%	8,8%	2,3%	3,5%	0,6%	NEPEL	(alianzas)	4,37
Total Diputados	109	203	61	47		25	11	35		8	1			500
Dip. Mayoría relativa	56	155	34	29		10	1	14		0	1			300
Dip. Proporcionales	53	48	27	18		15	10	21		8				200
% Escños partidos	21,8%	40,6%	12,2%	9,4%		5,0%	2,2%	7,0%		1,6%	0,2%	NEPEL	(partidos)	4,09
% Grupos parlament. afines	22,0%	52,2%	25,8%									NEPEL	(alianzas)	2,38

Fuente: Elaboración propia con resultados oficiales del INE.

las legislativas intermedias de 1997, 2003 y 2009 antes de dispararse en 2012 y 2015 (Gráfico II). Pero más allá de las rupturas coyunturales dentro la izquierda, de la creciente indisciplina partidista y del transfuguismo que alimenta muchas candidaturas independientes a nivel nacional, las dinámicas territoriales de la fragmentación ponen en evidencia que esta tiene raíces subnacionales profundas. Se vuelven palpables cuando se desagregan en el nivel de los 300 distritos uninominales y se analizan desde una perspectiva geográfica e histórica.

III. LAS DINÁMICAS TERRITORIALES DE LA FRAGMENTACIÓN PARTIDISTA

La distribución territorial de la fragmentación revela una geografía muy interesante: coincide, a primera vista, con el clivaje urbano rural, pero obedece sobre todo a otras dinámicas estructurales, temporales y espaciales. En una perspectiva diacrónica, sus raíces se remontan al menos a las legislativas intermedias de 1997 y se relacionan con otras variables sociodemográficas (estructura de edades, tasas de masculinidad y migración, porcentajes distritales de hablantes de lenguas indígenas, acceso a servicios de salud, número de ocupantes por vivienda, etcétera) y político-electorales (tasas de votos nulos, de competitividad y de volatilidad) (III.1.). En cambio, las transferencias de votos entre 2009 y 2015 obedecen a lógicas más recientes que permiten situar los efectos de las distintas rupturas partidistas (III.2.) y esbozar un mapa sintético de las nuevas fuerzas políticas en disputa (III.3.).

III.1. Las bases estructurales de la descomposición partidista (1991-2015)

Subrayemos, para empezar, que la fragmentación partidista es un fenómeno transversal que permea todos los niveles de la geografía electoral mexicana: de las 148.000 casillas que se instalaron en 2015, tan solo el 37% conservan formatos monopartidistas (1,3%), bipartidistas (10%) o tripartidistas (26,2%), mientras que el resto ha pasado a formatos de cuatro (26,5%), cinco (20,5%), seis (11,1%) o más (4,4%) partidos electoralmente relevantes⁴.

A su vez, la mayoría de los 300 distritos federales ha pasado de sistemas bi- o tripartidistas a configuraciones mucho más complejas de entre cuatro y seis partidos relevantes. Hasta el 2000, el 10% de los distritos tenían más de 3,5 partidos; a partir de 2012, el 75% se sitúan por encima del mismo umbral y el 25% cuentan incluso con cinco o más partidos relevantes. Esta creciente fragmentación se refleja en el incremento continuo de la media, del rango total e intercuartil y de la desviación típica del NEPEL en los 300 distritos federales (Tabla II)⁵.

4. Cálculo propio con base en los resultados oficiales publicados por el INE en su página web: <http://siceef.ine.mx/> (última consulta el 7 de septiembre de 2016).

5. Desde 1991, el IFE ha realizado varias redistribuciones, por lo que la delimitación geográfica de los 300 distritos uninominales (donde se elige a los diputados federales de mayoría relativa) no

TABLA II
 ESTADÍSTICA DESCRIPTIVA DE LA DISTRIBUCIÓN DISTRITAL DEL NEPEL (1991-2015)

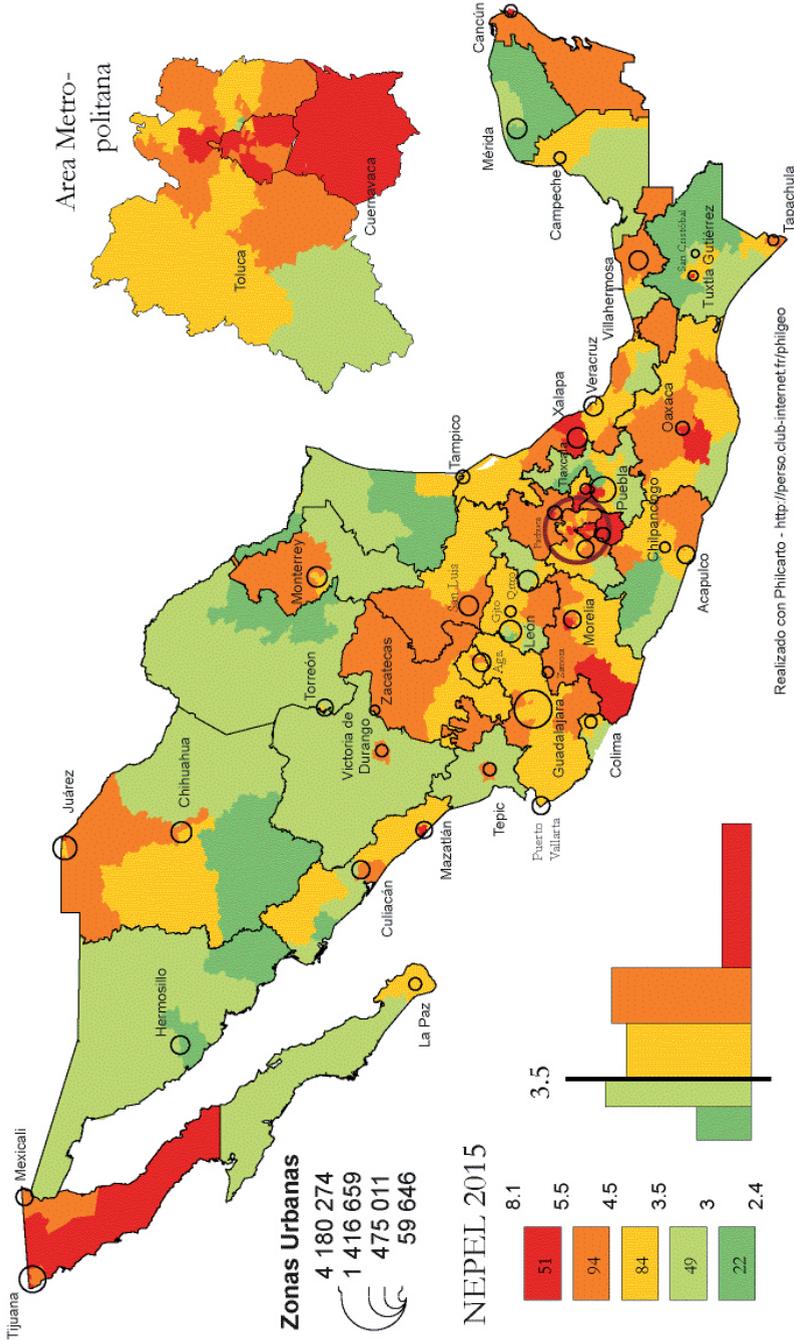
NEPEL (Legislativas)	1991	1994	1997	2000	2003	2006	2009	2012	2015
Media	2,3	2,7	2,9	2,7	3,0	3,0	3,4	4,2	4,5
Desviación típica	0,6	0,4	0,4	0,4	0,5	0,3	0,8	0,8	1,1
Máximo	4,0	3,7	4,1	3,5	4,8	3,8	6,0	7,0	8,1
Mínimo	1,3	1,7	1,8	1,7	2,0	1,9	1,7	2,5	2,4
Rango (Max-Min)	2,7	2,0	2,3	1,8	2,9	1,9	4,4	4,5	5,7
Rango intercuartil (Q3-Q1)	0,8	0,6	0,6	0,6	0,6	0,5	1,1	1,3	1,7
Percentiles									
1	1,4	1,8	2,0	1,8	2,1	2,1	2,2	2,7	2,7
5	1,5	2,0	2,2	2,1	2,3	2,3	2,3	3,0	2,9
25	1,8	2,3	2,6	2,4	2,7	2,7	2,8	3,5	3,5
50	2,1	2,6	2,9	2,6	3,0	3,0	3,3	4,2	4,5
75	2,5	3,0	3,2	3,0	3,3	3,2	3,9	4,8	5,2
95	3,6	3,5	3,6	3,4	4,1	3,5	5,0	5,6	6,3
99	3,8	3,6	3,7	3,5	4,6	3,7	5,6	6,0	7,7

Fuente: Elaboración propia con resultados oficiales del INE.

Como lo ilustra el Mapa I, en 2015 tan solo 22 distritos legislativos tenían menos de tres partidos relevantes, con 49 que se situaron por debajo de 3,5. Estos se encuentran, sobre todo, en los estados norteros y en Yucatán, donde la oposición se estructuró en torno al PAN, y el PRD nunca logró echar raíces. En contraste, la fragmentación es máxima en el centro del país (en Michoacán, Veracruz, Oaxaca y Baja California), donde se ubican los 51 distritos con más de 5,5 partidos relevantes. La fragmentación también se extiende hacia el Bajío, Monterrey, Sinaloa y Chihuahua, y hacia Campeche y Quintana Roo, donde 94 distritos han rebasado el umbral de 4,5 y están transitando probablemente hacia configuraciones con cinco a más fuerzas importantes. En todo caso, el 76% del total de distritos ya ha dejado de funcionar en un formato tripartidista (Mapa I).

ha sido constante. Para captar las dinámicas electorales en una perspectiva temporal más amplia, reconstruimos las tendencias de los distritos vigentes en 2015, agregando los resultados a partir de las secciones que han sido relativamente constantes desde 1991 (su número pasó de 61.881 a 67.583, pero este incremento se debe, sobre todo, a la división de secciones con fuerte incremento poblacional, en distritos urbanos con alta inmigración).

MAPA I
 NÚMERO EFECTIVO DE PARTIDOS ELECTORALES (NIVEL DE LOS 300 DISTRITOS LEGISLATIVOS, 1991-2015)



Para completar este mapa, analicemos las bases sociodemográficas y político-electorales de la fragmentación partidista. Las siguientes correlaciones simples permiten identificar las principales variables de interés, cuyos efectos serán controlados posteriormente mediante modelos de regresión lineal múltiple. El primer hallazgo relevante se relaciona con la sorprendente inercia del fenómeno: el promedio distrital del NEPEL en las legislativas intermedias de 1997, 2003 y 2009 capta, por sí solo, la mitad de la varianza total del NEPEL en 2015, lo que indica una fuerte continuidad temporal (Tabla III).

TABLA III
 CORRELACIÓN TEMPORAL ENTRE ELECCIONES LEGISLATIVAS (NEPEL, 1991-2015)

Correlación con NEPEL en...	1991	1994	1997	2000	2003	2006	2009	2012	Promedio 1991-2012	1997, 2003 y 2009
Nepel 2015	,416	,432	,511	,455	,534	,269	,617	,520	,674	,705
Promedio 1991-2012	,726	,788	,669	,767	,663	,345	,820	,810	1	,916
1997, 2003 y 2009	,555	,612	,690	,658	,797	,284	,869	,652	,916	1

Fuente: Elaboración propia con resultados oficiales del INE. Todas las correlaciones son significativas al nivel 0,01.

En cuanto a las variables sociodemográficas, la distribución territorial de varias de ellas se relaciona positivamente con los niveles distritales de fragmentación partidista. Tal es el caso, por ejemplo, del carácter urbano de los distritos; de las cohortes de entre 18 y 64 años de edad, y de los promedios de escolaridad; de los hogares con jefatura femenina y con acceso a servicios básicos; al Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), y a comunicaciones. Esto también se refleja en correlaciones negativas con las tasas distritales de fecundidad y masculinidad, de personas casadas, de hablantes de lenguas indígenas y de personas nacidas en la entidad (Tabla IV).

TABLA IV
 CORRELACIONES DISTRITALES CON VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS (INEGI, 2010)

Correlación de Pearson	Distrito Urbano	Pob. 18-64 años	Hombres/Mujeres	Fecundidad	Nacidos entidad	%HLI	Media Escolar	ISTE	Casados	Jefatura Femenina	Comunicaciones	Servicios Básicos
Nepelel 2015	,228	,358	-,325	-,403	-,263	-,166	,361	,301	-,277	,388	,291	,215
Promedio 1991-2012	,273	,421	-,411	-,482	-,391	-,214	,394	,449	-,383	,456	,311	,238
1997, 2003 y 2009	,153	,310	-,416	-,357	-,239	-,174	,278	,428	-,323	,408	,241	,173

Fuente: Elaboración propia con resultados oficiales del INE. Todas las correlaciones son significativas al nivel 0,01.

Finalmente, los promedios distritales de fragmentación se relacionan con algunas variables político-electorales: son siempre mayores en los distritos con mayores niveles de competitividad y de volatilidad electoral⁶; no guardan una relación consistente con las tendencias estructurales de participación electoral ni de votos nulos (1991-2012), aunque sí se asocian puntualmente en 2015 (de forma negativa con la participación y positiva con las boletas anuladas); curiosamente, por lo pronto ni la presencia ni la fuerza relativa de las candidaturas independientes se relaciona significativamente con el NEPEL (Tabla V).

Para entender cómo interactúan estas distintas variables sociodemográficas y político-electorales en relación con la fragmentación partidista, corrimos una serie de regresiones lineales, cuyos resultados se sintetizan en los siguientes modelos multivariantes. Para empezar, las variables sociodemográficas logran explicar la mitad de la varianza de los promedios distritales de fragmentación partidista registrados entre 1991 y 2012: estos se asocian positivamente con mayores tasas de ocupantes por vivienda, de acceso al ISSSTE y de cohortes entre 18 y 64 años, pero negativamente con los índices de urbanización, masculinidad y población nacida en la misma entidad. Solo la media escolar y el porcentaje de hablantes de lenguas indígenas no resultan significativos al controlar por las otras variables sociodemográficas. Curiosamente, el número de partidos no

6. En este caso, la competitividad electoral se aproxima a partir del margen de ventaja entre el primer y el segundo partido político (por ello, los distritos más reñidos –con *menores* márgenes de victoria– son los distritos *más* competitivos). La volatilidad electoral se calcula como la mitad de la suma de las variaciones de votos obtenidos por cada partido contendiente, para tomar en cuenta que los votos *perdidos* por algún partido son *ganados* por algún otro partido. Véase al respecto el trabajo clásico de M. PEDERSEN (1979).

TABLA V
 CORRELACIONES CON VARIABLES POLÍTICO-ELECTORALES (NEPEL 2015/1991-2012/1997, 2003 Y 2009)

NEPEL	Participación 1991-2012	Participación 2015	Nulos 1991-2012	Nulos 2015	Margen de Victoria 1991-2012	Margen de Victoria 2015	Volatilidad 1991-2012	Volatilidad 2015	% Candidatos Indepen.	Candidatos Indepen.
2015	,113	-,257	-,038	,552	-,280	-,403	,292	,390	,032	,104
		,050	,509	,000	,000	,000	,000	,000	,579	,072
1991-2012	,124	-,304	,047	,571	-,308	-,235	,465	,298	-,059	-,038
	,031	,000	,421	,000	,000	,000	,000	,000	,310	,510
1997, 2003 y 2009	,100	-,263	,129	,585	-,277	-,269	,402	,236	-,040	-,038
	,084	,000	,025	,000	,000	,000	,000	,000	,494	,508

Fuente: Elaboración propia con resultados oficiales del INE.

incrementa en los lugares más urbanos, sino en aquellos distritos con mayores tasas de inmigrantes y de poblaciones en edades productivas, con mayor participación en el sector público, y con patrones de residencia más concentrados y feminizados (modelo 1, Tabla VI).

Estos efectos son robustos y se mantienen con otras especificaciones, incluso cuando se agregan las cuatro variables político-electorales de interés. Si bien los promedios de participación electoral no se relacionan de forma significativa con la fragmentación, sí incrementa en los distritos con mayores tasas de boletas anuladas, de volatilidad y de competitividad (modelo 2). Este segundo modelo explica el 67% de la varianza distrital total y reduce el error típico de los coeficientes, confiriéndole un efecto significativo y negativo al porcentaje de hablantes de lenguas indígenas (que se asocia ahora con una menor fragmentación partidista). Y estas mismas variables también son robustas para explicar el 58% de la varianza total registrada en promedio en las elecciones legislativas intermedias de 1997, 2003 y 2009 (modelo 3).

En otras palabras, la fragmentación partidista entre 1991 y 2012 no es un fenómeno propiamente urbano: incrementa, más bien, en los distritos con poblaciones más dinámicas y en edades productivas (18-64 años), con mayor cobertura del ISSSTE y mayores tasas de ocupantes por vivienda, y con menores tasas de masculinidad y de hablantes de lenguas indígenas (modelos 1-3, Tabla VI).

En cambio, la fragmentación partidista registrada en 2015 se caracteriza por un patrón socioterritorial sensiblemente distinto. Ciertamente, tres de las ocho variables sociodemográficas y tres de las cuatro variables político-electorales de interés conservan efectos significativos, en el mismo sentido. Sin embargo, la varianza total explicada por estas se reduce ahora al 31% (modelo 4). Por ello, calculamos cuatro nuevas variables que miden los cambios registrados en 2015 con respecto al período 1991-2012, en términos de participación, anulación, volatilidad y competitividad⁷. Asimismo, integramos el efecto temporal inercial de la fragmentación partidista en las legislativas intermedias de 1997, 2003 y 2009 para construir el modelo 5 (que logra captar el 69% de la varianza observada).

El último modelo corrige finalmente la correlación espacial que se observa en los residuos, mediante una autorregresión que capta los efectos de dependencia espacial entre los distritos que comparten fronteras comunes. En este caso, la matriz espacial se definió con el conjunto de vecinos directos de primer rango y se calculó con un modelo de tipo *reina* (*queen*, nivel 1). Luego, se utilizó un modelo espacial de error, que permite incorporar la autocorrelación territorial como parte de los errores residuales. Con este ajuste, las dimensiones estructurales de la fragmentación explican el 78% de la varianza distrital observada en 2015 (modelo 6)⁸.

7. Estas variables se calcularon mediante la división de los valores medidos en 2015 sobre la base de los promedios medidos en todas las legislativas entre 1991 y 2012 (por ejemplo: %cambio participación = %participación en 2015/%promedio de participación entre 1991 y 2012), por lo que miden cambios proporcionales que pueden ser negativos (inferiores al 100%) o positivos (superiores al 100%).

8. Para una explicación metodológica detallada del procedimiento, véase L. ANSELIN (2001).

TABLA VI
 SEIS MODELOS DE REGRESIÓN LINEAL MÚLTIPLE
 (VARIABLES DEPENDIENTES: NEPEL 1991-2012/1997+2003+2009/2015)

	(1) NEPEL 1991-2012		(2) NEPEL 1991-2012		(3) NEPEL 1997, 2003, 2009		(4) NEPEL 2015		(5) NEPEL 2015		(6) NEPEL 2015	
	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.
(Constante)	4,271	,000	1,808	,016	2,108	,034	5,430	,066	,581	,766	-1,760	0,371
Distrito urbano (sí)	,148	,016	,183	,000	,234	,000	,581	,004	-253	,058	-0,158	0,165
% Población entre 18 y 64 años	,031	,003	,043	,000	,046	,000	,067	,065	-0,019	,404	-0,019	0,408
% Hombres/Mujeres	,032	,000	,021	,000	,025	,000	,048	,000	,000	,970	0,011	0,294
% Nacidos en la entidad	,013	,000	,009	,000	,007	,000	,011	,017	,009	,009	-0,001	0,767
% Hablantes lenguas indígenas	-,002	,245	-,003	,008	,005	,003	,001	,914	-,001	,829	-0,001	0,874
Media Escolar (años)	-,023	,357	-,023	,282	-,050	,079	,082	,328	,043	,440	0,028	0,603
% con cobertura del ISSSTE	,043	,000	,034	,000	,042	,000	,033	,078	-,034	,013	-0,026	0,074
Ocupantes/Vivienda	,253	,000	,232	,000	,158	,025	,147	,480	-,009	,948	0,226	0,139
% Participación (1991-2012)			,000	,932	,003	,530	-,006	,660				
% Nulos (1991-2012)			,120	,000	,165	,000	,183	,014				
% Margen de victoria (1991-2012)			-,022	,000	-,028	,000	-,045	,000				
% Volatilidad (1991-2012)			,033	,000	,037	,000	,056	,000				
% Participación (2015/1991-2012)									,223	,408	-0,062	0,834
% Nulos (2015/1991-2012)									,796	,000	0,942	0,000
% Volatilidad (2015/1991-2012)									,801	,000	0,659	0,000

	(1) NEPEL 1991-2012		(2) NEPEL 1991-2012		(3) NEPEL 1997, 2003, 2009		(4) NEPEL 2015		(5) NEPEL 2015		(6) NEPEL 2015	
	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.
% Margen de victoria (2015/1991-2012)									,626	,000	-0,583	0,000
Candidatos independientes (Sí)									,398	,007	0,404	0,001
NepeL (1997, 2003 y 2009)									1,258	,000	1,257	0,000
LAMBDA (<i>Spatial Error Model</i>) [*]											0,575	0,000
<i>Resumen de los Modelos</i>												
R	,718		,828		,770		,580		,842			
R cuadrado	,515		,686		,593		,337		,708			
R <i>cuadrado corregida</i>	,502		,673		,576		,309		,694		0,779 [*]	
Error típ. de la estimación	,28160		,22812		,30331		,90250		,60061			
F	38,683		52,331		34,918		12,134		49,414			
Sig.	,000		,000		,000		,000		,000			

Todas las B son coeficientes no estandarizados, con significancia estadística bilateral. Los coeficientes con sig. < 0,05 están marcados en cursiva.
 * SPATIAL ERROR MODEL - MAXIMUM LIKELIHOOD ESTIMATION - Spatial Weight: Queen level 1; Lag coeff. (Lambda): 0,574696; R-squared: 0,779478;
 Mean dependent var: 4,457467 Number of Variables: 15; S.D. dependent var: 1,083762 Degrees of Freedom: 285; Sq. Correlation: - Log likelihood:
 -234,901623; Sigma-square: 0,259013 Akaike info criterion: 499,803; S.E of regression: 0,508933 Schwarz criterion: 553,36.
 Fuente: Elaboración propia en base a los datos oficiales del INSTITUTO FEDERAL ELECTORAL (1991-2012) y del INSTITUTO NACIONAL ELECTORAL (2015).

TABLA VII
 ESTADÍSTICA DESCRIPTIVA DE LAS VARIABLES DEPENDIENTES E INDEPENDIENTES

ESTADÍSTICA DESCRIPTIVA	PERCENTILES							
	N	MÍNIMO	MÁXIMO	MEDIA	DESV. TÍP.	25	50	75
VARIABLES INDEPENDIENTES								
Distrito urbano (categórica, 1=sí)	300	0	1	0,50	0,50	0,0	0,5	1,0
% Población entre 18 y 64 años	300	46,9	66,5	59,7	3,4	57,5	59,9	62,2
% Hombres/Mujeres	300	84,4	118,5	95,4	4,8	92,4	94,9	98,4
% Nacidos en la entidad	300	27,2	98,2	80,1	14,9	73,8	84,8	90,7
% Hablantes lenguas indígenas	300	0,1	77,1	6,7	14,8	0,6	1,3	3,6
Media Escolar (años)	300	4,5	13,5	8,4	1,7	6,8	8,5	10,0
% con cobertura del ISSSTE	300	1,0	17,8	5,7	3,5	3,4	4,7	7,0
Ocupantes/Vivienda	300	2,7	5,5	3,9	0,4	3,7	3,9	4,2
% Participación (1991-2012)	300	43,1	70,3	58,1	5,3	54,7	58,9	61,7
% Nulos (1991-2012)	300	2,4	9,4	4,0	1,0	3,3	3,8	4,4
% Margen de victoria (1991-2012)	300	6,9	37,4	18,6	5,9	14,0	17,9	22,1
% Volatilidad (1991-2012)	300	8,7	29,4	17,2	4,0	14,3	17,0	20,0
% Participación (2015/1991-2012)	300	0,463	1,371	0,828	0,165	0,709	0,805	0,937
% Nulos (2015/1991-2012)	300	0,542	2,794	1,336	0,442	0,974	1,240	1,646
% Volatilidad (2015/1991-2012)	300	0,736	1,489	1,082	0,119	1,010	1,076	1,153
% Margen de victoria (2015/1991-2012)	300	0,231	2,370	1,159	0,375	0,895	1,140	1,359
Candidatos independientes (Cat., 1=sí)	300	0	1	0,07	0,25	0,0	0,0	0,0
VARIABLES DEPENDIENTES								
NEPEL (legislativas 1991-2012)	300	2,22	3,93	3,01	0,40	2,69	2,98	3,32
NEPEL (legislativas 1997, 2003 y 2009)	300	2,20	4,55	3,12	0,47	2,76	3,09	3,44
NEPEL (legislativas 2015)	300	2,43	8,10	4,46	1,09	3,53	4,46	5,25

Como la fragmentación promedio de las tres legislativas intermedias ya capta los efectos de las variables sociodemográficas estructurales (lo que se traduce en un fuerte efecto de inercia temporal), solo las variables político-electorales siguen ejerciendo efectos sustantivos. En particular, el incremento de las boletas anuladas, de la competitividad y de la volatilidad se asocia fuerte y positivamente con una mayor fragmentación partidista. En cambio, ni los niveles ni las fluctuaciones de la participación electoral juegan un papel significativo. Finalmente, al controlar por todas estas variables, la presencia de candidatos independientes sí se vuelve significativa e incrementa el nivel de fragmentación, con un efecto promedio de +0,404 partidos efectivos en los 20 distritos con candidaturas independientes, *ceteris paribus* (modelos 5 y 6).

En suma, la descomposición del sistema de partidos mexicano obedece a dinámicas temporales y territoriales fuertemente estructuradas que se remontan al menos a la década de los noventa. Estas dinámicas se relacionan tanto con variables político-electorales (volatilidad, competitividad, votos nulos y, más recientemente, con las candidaturas independientes) como con variables sociodemográficas pesadas (es decir, con procesos estructurales de cambio socioeconómico y de desarrollo humano) que explican más de tres cuartas partes de la varianza total registrada en los 300 distritos. Todo esto nos deja con una parte contingente de la fragmentación distrital de carácter, por lo pronto, residual, que remite a las agencias y a las rupturas internas de los partidos. ¿Cuál es la novedad del mapa político-electoral que emergió de las legislativas de 2015?

III.2. Las transferencias 2009-2015: ¿Hacia la reconfiguración del sistema de partidos?

Para captar las rupturas más recientes, exploremos las transferencias de votos que se registraron en los distritos entre las penúltimas legislativas intermedias de 2009 y los pasados comicios federales de 2015⁹. Como lo revela el análisis estadístico de clasificación jerárquica representado en el Mapa II, una de las configuraciones más distintivas se observa en la Ciudad de México y en Texcoco, donde el surgimiento exponencial de MORENA (+25 puntos porcentuales) se relaciona directamente con el declive de los electorados del PRD y del PT¹⁰.

Algo similar también se observa en los distritos colindantes del Estado de México, así como en Tijuana, Juárez, Baja California Sur, Tepic, Zacatecas, Hidalgo,

9. Las transferencias se refieren a las diferencias de votos registradas por cada partido político entre las dos elecciones legislativas intermedias de 2009 y 2015, y se calculan mediante la sustracción aritmética de los porcentajes obtenidos por cada partido en 2015 de los porcentajes obtenidos en 2009 (cuando estas diferencias son positivas, los porcentajes incrementan, y viceversa).

10. La clasificación ascendente jerárquica agrupa las unidades geográficas, minimizando la varianza interna de cada categoría y maximizando su diferenciación con respecto a las otras. Así se nos permite identificar y contrastar los casos más similares y más atípicos. Cuando las variables analizadas están fuertemente relacionadas, pocas clases son suficientes para explicar una parte sustantiva de la varianza total (E. MINVIELLE y S. SOUIAH 2003: 61-82).

Villahermosa y Chetumal. Pero ahí las transferencias de votos son menos importantes y benefician también a Encuentro Social, al Partido Humanista u a otros candidatos independientes (+7 puntos). Estos últimos no solo le restan votos al PRD y al PT: en Nuevo León, Sinaloa y Cuernavaca las campañas exitosas de «El Bronco», Clouthier y Cuauhtémoc Blanco (exfutbolista y candidato del morelense Partido Social Demócrata) se alimentan de un desencanto profundo con el PRI y el PAN (-26 puntos), que se extiende a otros tres distritos de Mexicali, Hidalgo, Puebla y Oaxaca. Otra dinámica territorial permite identificar 46 distritos más, concentrados sobre todo en Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Campeche, pero presentes también en Colima, San Luis, Guerrero, Chiapas, Yucatán y Cancún. Aquí, se registran transferencias masivas de votos desde los electorados panistas y priistas (-26 puntos), pero estas se dividen entre MORENA y el PRD (Mapa II).

En Guadalajara, ese mismo desencanto es capitalizado sobre todo por Enrique Alfaro, cuyo liderazgo explica el crecimiento exponencial del Movimiento Ciudadano (+36 puntos) en las legislativas federales. Otro joven tapatío, Pedro Kumamoto, hace una campaña independiente y conquista una diputación local en Zapopan, desplazando en ese distrito a Margarita Alfaro (prima hermana del mismo Alfaro) del Movimiento Ciudadano. Ello revela el carácter personalista de las transferencias del voto. Más que un sufragio a favor del MC, se trata de un voto de castigo a los partidos gobernantes que beneficia puntualmente a candidatos carismáticos en ruptura simbólica con la élite tradicional. Este fenómeno rebasa la zona metropolitana de Guadalajara: también se observa en Puerto Vallarta y en Ciudad Victoria (Tamaulipas).

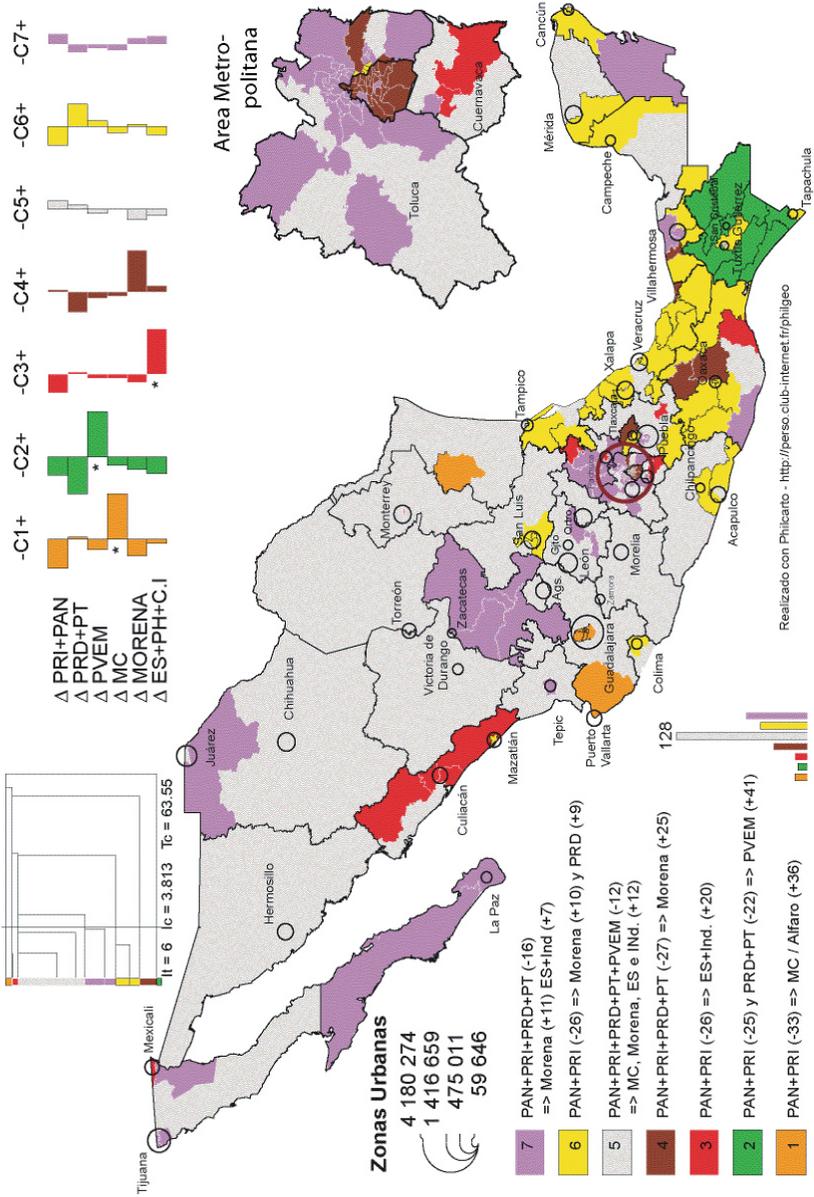
En Chiapas, la imponente expansión del PVEM se debe finalmente a la caída dramática del PAN (en la Costa y en el Valle Central), del PRI y del PRD (en el resto del estado). En nueve distritos de la entidad, el Verde incrementa su caudal en 41 puntos porcentuales, y se impone como el primer partido de Chiapas. En los distritos del Valle Central y de Tapachula, la debacle de Acción Nacional también beneficia en parte al PRD, pero sobre todo a MORENA. En la capital del estado, en cambio, este último partido crece gracias al declive concomitante de los electorados del PRD y del PT (Mapa II).

Como lo refleja el Mapa II, las transferencias distritales de votos entre las legislativas federales de 2009 y 2015 obedecen a dinámicas heterogéneas con una fuerte concentración territorial. Solamente 128 distritos siguen el patrón general que se observa en forma agregada a nivel nacional, con declives menos acentuados del PRI y del PAN, y con la afirmación más discreta de nuevos actores emergentes (sobre todo MORENA, el PVEM, el MC de Alfaro y otros candidatos independientes). Por ello, hemos construido un tercer mapa sincrónico de clasificación jerárquica, que sintetiza la presencia territorial de estas viejas y nuevas fuerzas emergentes en 2015.

III.3. Una geografía sintética de las nuevas fuerzas políticas en 2015

Empecemos con los partidos que cuentan con una mayor concentración geográfica. Gracias a una sutil estrategia de coaliciones locales y regionales –heterogéneas e inestables, cruzadas y pragmáticas–, el PVEM ha logrado crecer discretamente desde que participó

MAPA II
 TRANSFERENCIAS DE VOTOS ENTRE LAS LEGISLATIVAS INTERMEDIAS DE 2009 Y 2015



Fuente: Elaboración propia.

en la Alianza por el Cambio a la elección de Vicente Fox a la Presidencia, en julio del 2000. Invisibilizada en parte por la estructura de la boleta hasta 2006 (que no permitía distinguir entre partidos coaligados), su expansión le permitió conquistar la gubernatura de Chiapas con el liderazgo del joven senador Velasco en 2012, desplazando al PRI de la mayoría de los municipios y distritos del estado. En 2015, el primer gobernador verde del país consolidó su presencia legislativa en los doce distritos que conforman la entidad, sumando sus partidarios entre el 31% y el 59% de los sufragios válidos, sin alianzas. En una perspectiva nacional, ello se refleja en una impresionante concentración espacial (Í. de Moran de 0,75) y en el hecho de que el PVEM obtiene el 26,2% del total de sus votos legislativos en Chiapas (es decir, 7,8 veces más que en los distritos restantes).

Como sucesor del partido Convergencia Democrática, el MC cuenta con una larga y débil presencia nacional, pero ha logrado crecer ahora de una forma impresionante gracias al liderazgo carismático de Enrique Alfaro. En 2015, este partido arrasó en 12 distritos federales donde sumó entre el 33,2% y el 44,2% de los votos, no solamente en Guadalajara y Puerto Vallarta sino, también, en Ciudad Victoria en Tampico (Mapa III). Tan solo en ellos, el MC obtuvo más de una cuarta parte del total de sus votos, lo que representa nueve veces más que el promedio registrado en los otros 288 distritos y se refleja en una marcada concentración espacial (Índice de Moran de 0,64) (Tabla VII).

A pesar de implementar estrategias similares de coaliciones, por lo pronto el PT y el PANAL han tenido menor éxito que el PVEM, pero su fuerza tampoco es nada despreciable cuando se observa en el nivel distrital. Bajo el liderazgo de la maestra Elba Esther Gordillo, Nueva Alianza se fundó en 2005 con el apoyo activo del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), uno de los más grandes y poderosos de Latinoamérica. Desde entonces, el PANAL ha establecido coaliciones puntuales de la más diversa índole, pero también se ha consolidado en algunos municipios y en nueve distritos de Aguascalientes, Hidalgo, Morelos, Puebla y Oaxaca (Mapa II). A diferencia del Verde Ecologista y del Movimiento Ciudadano, sus bases son más volátiles y se dispersan a lo largo y ancho del territorio con mayor presencia en el Norte y Centro del país (Tabla VII).

Algo similar sucede con el Partido del Trabajo, que ha tenido una presencia discreta pero constante desde su fundación en 1990. Gracias a una serie de hábiles coaliciones con el PRD, el PT no solo ha logrado conservar su registro, sino que ha gobernado decenas de municipios. En 2015, obtuvo resultados notables en 18 distritos de Baja California y La Paz, Mazatlán, Victoria de Durango, Zacatecas y Michoacán, el Estado de México, Morelos, Guerrero, Veracruz y Tabasco, con entre el 7,2% y el 25,6% de los sufragios válidos (Mapa III). A diferencia de Nueva Alianza, el PT se caracteriza por una concentración territorial débil pero significativa (Í. de Moran de 0,20), ya que una cuarta parte de su electorado se concentra en estos 18 bastiones dispersos a lo largo y ancho del territorio nacional.

MAPA III
 GEOGRAFÍA SINTÉTICA DE LOS PARTIDOS «MINORITARIOS» (LEGISLATIVAS DE 2015)

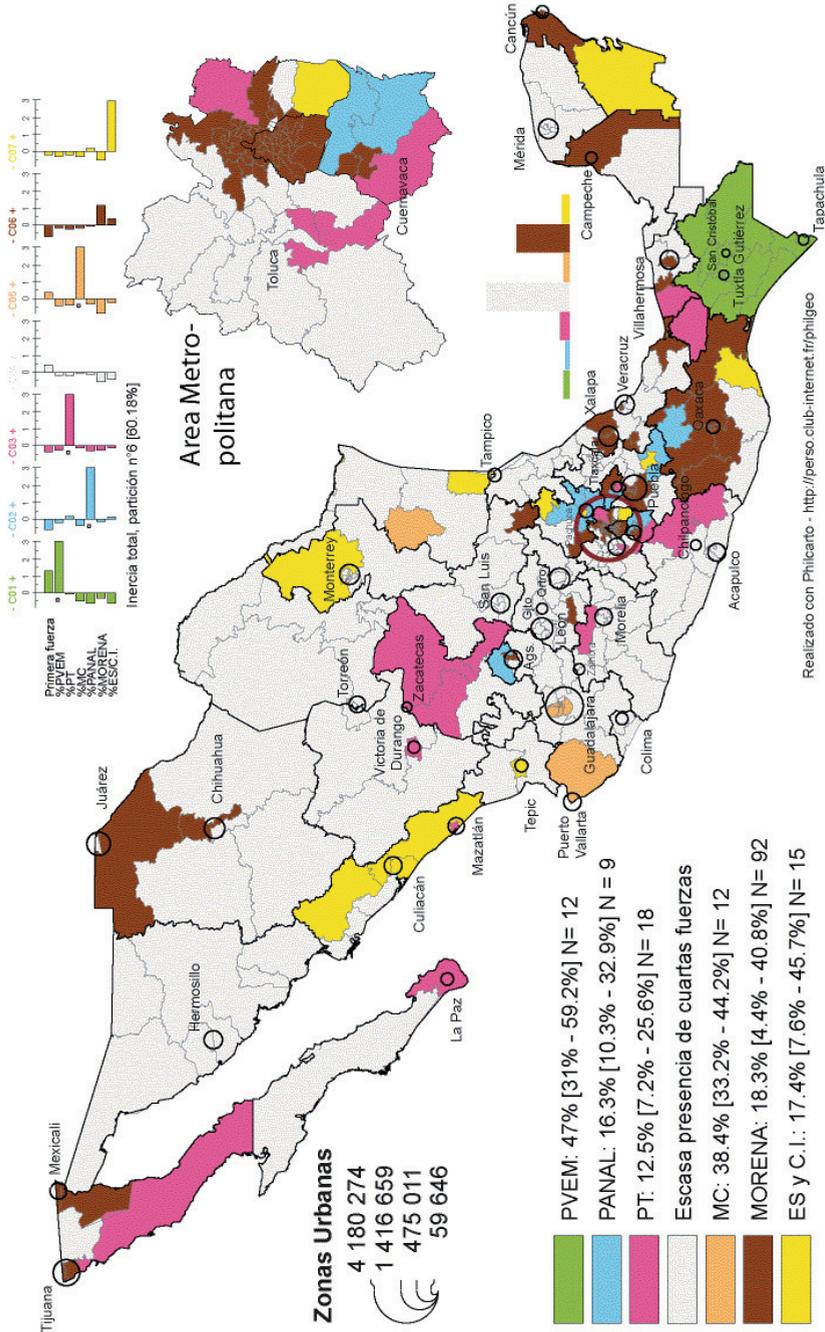


TABLA VII
 CONCENTRACIÓN DEL VOTO DE LOS PARTIDOS EMERGENTES (2015)

		N.º Dis.	VOTOS DENTRO	VOTOS FUERA	TOTAL VOTOS	%TOTAL	VOTOS/Dis. D.	VOTOS/Dis. F.	SOBRE-REP
PVEM	n.º 01	12	677.598	2.080.554	2.758.152	26,2%	56.467	7.224	7,8
PANAL	n.º 02	9	161.122	1.325.830	1.486.952	10,8%	17.902	4.556	3,9
PT	n.º 03	18	280.354	854.093	1.134.447	25,3%	15.575	3.029	5,1
MC	n.º 05	12	665.436	1.766.487	2.431.923	27,4%	55.453	6.134	9,0
MORENA	n.º 06	92	1.861.833	1.484.516	3.346.349	55,6%	20.237	7.137	2,8
ES Y CI	n.º 07	15	312.469	1.238.375	1.550.844	20,2%	20.831	4.345	4,8
Totales	300	158	3.958.812	8.749.855	12.708.667	100,0%	25.056		

Fuente: Elaboración propia con resultados oficiales del INE.

Es, sobre todo, la distribución geográfica del Movimiento Regeneración Nacional la que más sorprende cuando se analiza en el nivel distrital. Ya vimos que este nuevo partido creció exponencialmente en la Ciudad de México. Sin embargo, su presencia se extiende a 92 distritos donde obtiene entre el 4,4% y el 40,8% del sufragio válido (Mapa II), es decir, el 55,6% de su caudal electoral total (Tabla VII). Sin ser todavía una fuerza nacional, en 2015 MORENA tuvo resultados notables en el norte (Tijuana, Mexicali, Juárez y Chihuahua), el centro (Valle de México, Cuernavaca, Puebla e Hidalgo) y el sureste del país (sobre todo en Oaxaca y Veracruz, pero también en Villahermosa, Campeche y Cancún). Sin duda, la fuerte concentración geográfica de sus votos (Í. de Moran de 0,66) representa por lo pronto un hándicap para la probable candidatura de López Obrador a la Presidencia en 2018, pero el PRD siempre sufrió de la misma limitación, y AMLO ha demostrado que no requiere de una amplia estructura territorial partidista para movilizar votos en las campañas presidenciales.

Finalmente, el voto de Encuentro Social y de diversos candidatos independientes se concentra en 15 distritos más, donde suman entre el 7,6% y el 45,7% de los votos válidos. Su presencia es notoria en Sinaloa (donde Clouthier conquistó un escaño federal) y en Monterrey (donde la victoria de «El Bronco» ejerció efectos de arrastre en las legislativas), pero también se observa en un puñado de distritos dispersos de Hidalgo, el Estado de México, Puebla, Oaxaca y Chetumal, sin alcanzar todavía un nivel suficiente para caracterizarse por una dinámica espacial coherente (Mapa III).

IV. CONCLUSIONES: LOS DESAFÍOS DE LA FRAGMENTACIÓN

En suma, la evidencia expuesta comprueba que la política mexicana ha transitado sucesivamente desde un régimen de partido prácticamente único hacia uno con tres partidos relevantes y, ahora, hacia uno mucho más volátil y fragmentado, con entre cuatro y hasta seis fuerzas importantes. Como hemos visto, las dinámicas territoriales de dicha fragmentación partidista pueden observarse al menos desde las legislativas intermedias de 1997, y se relacionan fuertemente con otras variables sociodemográficas y político-electorales.

Lejos de ser un fenómeno propiamente urbano, la fragmentación incrementa, más bien, en los distritos con poblaciones más dinámicas y en edades productivas (18-64 años), con mayor cobertura del ISSSTE y mayores tasas de ocupantes por vivienda, así como con menores tasas de masculinidad y de hablantes de lenguas indígenas. Pero la descomposición del sistema de partidos mexicano también se asocia con el incremento de otras variables político-electorales, particularmente la volatilidad, la competitividad, la proporción de votos nulos y las candidaturas independientes. Dichas variables remiten a cambios estructurales mucho más profundos que, en su conjunto, explican más de tres cuartas partes de la varianza total registrada en los 300 distritos. Todo esto nos deja con una parte residual y *agencial* de la fragmentación, que se deriva de las rupturas coyunturales e internas de los partidos. Estas se reflejan en los conflictos sucesivos que dividen y debilitan al PRI y al PAN, así como en los desencuentros de una izquierda escindida en cinco partidos distintos.

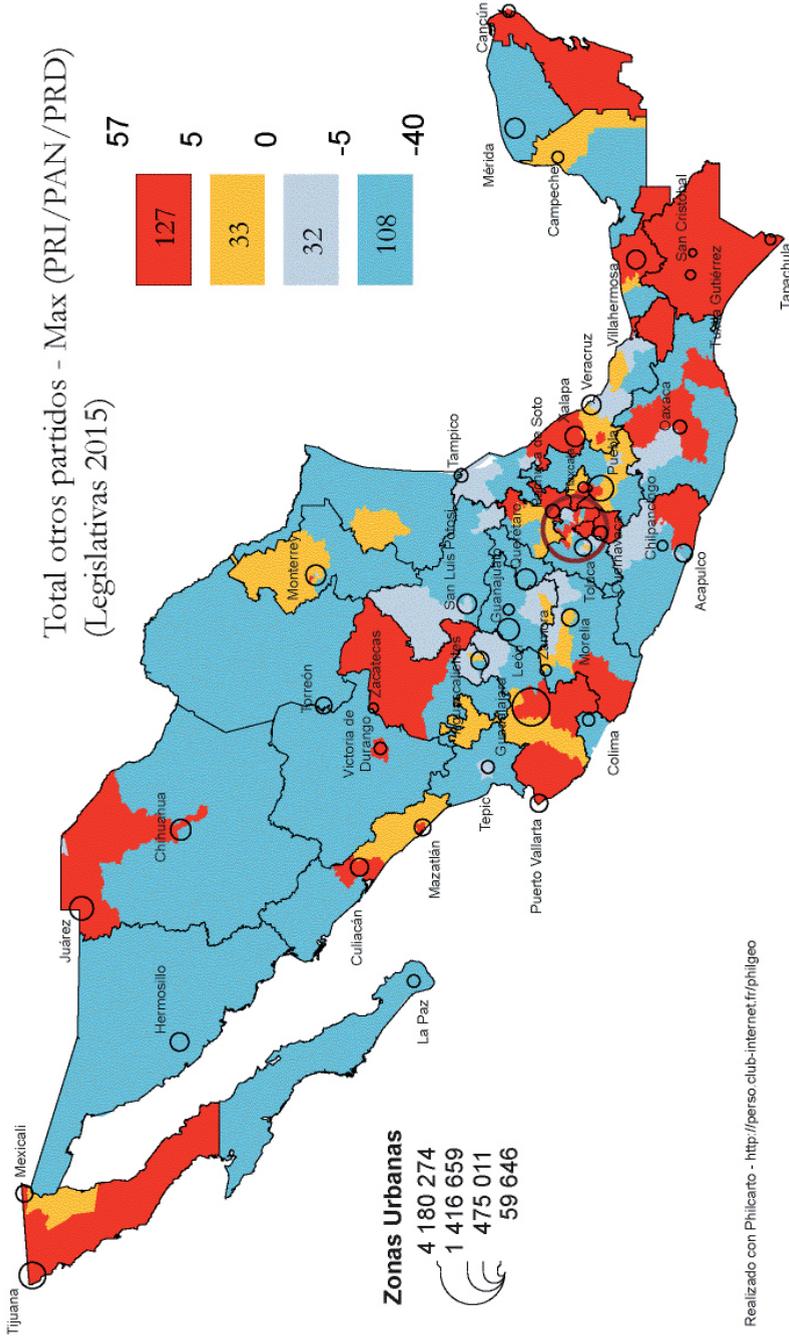
Los efectos de esta descomposición del sistema de partidos pueden sintetizarse de una forma contundente: de mantenerse el nivel actual de fragmentación, el próximo presidente de México podría ser elegido con menos de una quinta parte del voto válido en 2018 ($1/5,6 = 17,9\%$). Desde ya, si en 2015 todos los partidos *menores* se hubiesen unido en coaliciones distritales sin incluir ni al PRI ni al PAN ni al PRD, habrían ganado 160 de los 300 escaños uninominales y competido en 32 distritos más con un margen inferior a cinco puntos porcentuales (Mapa IV). En ese caso, estas coaliciones también se hubiesen beneficiado de la desproporcionalidad restante del sistema electoral, por lo que contarían ahora con una amplia mayoría legislativa, por primera vez desde 1994.

¿Qué implicaciones tiene esta fragmentación para la estabilidad política y para la gobernabilidad del país? ¿Se trata de un desarrollo positivo, de creciente pluralismo y mayores opciones para los ciudadanos? ¿O refleja más bien una crisis, un malestar con y un deterioro de la representación política? A todas luces, lo más relevante no es el vigor de los partidos emergentes, sino el declive de los tres institutos que encabezaron la transición desde el régimen posrevolucionario. En el contexto actual de México, la fragmentación partidista complica la gobernabilidad y tiene costos tangibles para su legitimidad democrática.

Desde un punto de vista teórico, de política comparada, no hay consenso sobre el número óptimo de partidos políticos, ni sobre los efectos de la fragmentación partidista. En la perspectiva acuñada por el trabajo seminal de Maurice Duverger (1951) el bipartidismo genera mayor estabilidad porque propicia gobiernos mayoritarios con alternancias regulares. Pero esa hipótesis ha sido cuestionada ampliamente desde las investigaciones de Giovanni Sartori (1976): el número de partidos interactúa con otras variables sustantivas que inciden en la concentración y dispersión del poder (particularmente los tipos y niveles de polarización ideológica); por ello, los multipartidismos moderados pueden ser igualmente gobernables¹¹. En su contribución clásica, Laakso y Taagepera (1979) tampoco encuentran una correlación significativa entre la fragmentación y la estabilidad gubernamental, pese a la varianza registrada en las 142 elecciones parlamentarias de Europa Occidental entre 1945 y 1976, con casos estables con pocos (Inglaterra y Austria, con entre 2,1 y 3,1 partidos efectivos) o muchos partidos (Holanda y Finlandia, con entre 4,2 y 7,6 partidos efectivos), y con casos tan volátiles e inestables como Grecia (con entre 2,2 y 7,8 partidos efectivos).

11. En su tipología clásica, Sartori distingue dos clases de sistemas multipartidistas –con fragmentación limitada y extrema (la última categoría, atomizada, la reserva para un sistema en el que ningún partido tiene alguna ventaja o relevancia)– y complementa esta clasificación básica con una dimensión adicional, de tipo ideológico, para distinguir entre los sistemas moderados, segmentados y polarizados. Esto lo lleva a subrayar la existencia de un tipo peculiar particularmente problemático: el multipartidismo extremo y polarizado, el más frágil e inestable. Curiosamente el umbral para distinguir entre la fragmentación limitada y extrema se sitúa justo entre cinco y seis partidos (es decir, el nivel promedio observado en México en 2015). Afortunadamente, el sistema político mexicano todavía no acusa una polarización notable ni de sus élites ni de sus electores. Ello es cuanto más importante que Sartori considera que es la polarización la que desestabiliza, por encima de la fragmentación (G. SARTORI 1976: 131-134).

MAPA IV
 COALICIONES POTENCIALMENTE GANADORAS SIN EL APOYO DEL PRI, PAN O PRD (2015)



En un régimen presidencialista que elige al Ejecutivo por mayoría simple en una sola vuelta, simultánea, pero independientemente de los legisladores, se requiere de mecanismos eficaces (tradicionales o institucionales, formales o informales) para incentivar la cooperación entre el gobierno y el Congreso. Como bien lo subraya Lijphart (2000), en algunos sistemas presidencialistas mayoritarios (como el estadounidense) y en los regímenes parlamentarios mayoritarios de tipo Westminster, esto se logra gracias a la dinámica bipolar de bipartidismos arraigados de larga fecha. En cuanto a los sistemas parlamentarios proporcionales, la conformación de gobiernos requiere de entrada la negociación de mayorías legislativas multipartidistas que garantizan la cooperación, independientemente del número efectivo de partidos relevantes.

En otros sistemas híbridos, se han tenido que ingeniar soluciones mixtas con segundas vueltas y calendarios desfasados para incentivar la elección democrática de gobiernos mayoritarios. En Francia, tanto las presidenciales como las legislativas prevén *ballotages* cuando nadie alcanza la mayoría absoluta en la primera vuelta; pero, sobre todo, las dos vueltas de cada elección se organizan consecutivamente a lo largo de varias semanas, lo que permite ir agregando las preferencias de los ciudadanos en una perspectiva estratégica, proporcionando la opción de *elegir* en primera vuelta al candidato más deseable, y de *eliminar* en segunda vuelta al menos deseable. Así, las elecciones funcionan como verdaderas fábricas de gobernabilidad y legitimidad democrática.

Junto con otros países latinoamericanos, México enfrenta en cambio un escenario sumamente adverso: su sistema político se forjó en una lógica mayoritaria y superpresidencialista, que consiguió la gobernabilidad mediante la subordinación del Congreso a los poderes y «facultades metaconstitucionales» del Jefe del Ejecutivo (Carpizo 1978; Cosío Villegas 1972). Pero desde 1977 las reformas han ido reduciendo la desproporcionalidad en la elección de los órganos legislativos, en un contexto de transición hacia un sistema cada vez más fragmentado. A diferencia de los EUA, México no cuenta con un bipartidismo estable, y su multipartidismo tampoco se organiza en una lógica bipolar, como sucede en Francia. Los poderes públicos mexicanos se eligen de forma independiente conforme a una separación rígida entre el Ejecutivo y el Legislativo. Por ende, la creciente fragmentación partidista conlleva complicaciones crecientes para la gobernabilidad. Estas se evidencian en tres ámbitos particularmente problemáticos:

1. El de la construcción de mayorías legislativas para gobernar (ya que el presidente es elegido con el apoyo de un partido cada vez más minoritario que se complementa, en el mejor de los casos, con alianzas coyunturales sin programas comunes).
2. El de la coordinación de las oposiciones para ejercer controles, pesos y contrapesos eficaces (ya que la fragmentación también dispersa la fuerza de los partidos minoritarios con representación legislativa; en algunas entidades ello ha podido propiciar procesos de regresión autoritaria como consecuencia de una oposición excesivamente dividida y fragmentada, desorganizada y polarizada).
3. El de la legitimidad de los mandatos que se derivan de las elecciones: con Ejecutivos débiles (en sus atribuciones y capacidades para gobernar), pero que actúan sin contrapesos (y gozan de impunidad cuando cometen abusos); con partidos

desacreditados, sin bases representativas y programáticas, que no rinden cuentas ante los electores; y con coaliciones efímeras e inconsistentes que desdibujan las diferencias político-ideológicas, alimentan la confusión y diluyen las frágiles identidades partidistas.

De ahí el rechazo creciente a la clase política, a los partidos y a los gobernantes, alimentado por una idealización de la sociedad civil y de la supuesta *independencia* de nuevos empresarios políticos que se presentan como candidatos sin afiliación partidista. De ahí, también, el debate sobre la reforma perpetua de las instituciones representativas, incluyendo propuestas para incrementar o disminuir la desproporcionalidad electoral, introducir una segunda vuelta o, incluso, transitar hacia un régimen parlamentario para incentivar gobiernos de mayoría¹².

Con todo y las divergencias, se comparte la preocupación de construir una gobernabilidad no solamente más efectiva, sino, sobre todo, más incluyente y democrática, porque, a final de cuentas, las elecciones no solo deben servir para competir por cargos públicos, para designar y empoderar, para rechazar y sancionar a los gobernantes: tienen que contribuir, también, a moderarlos y a controlarlos, a exigirles resultados y rendición de cuentas y, por ende, a legitimarlos ante las mayorías y minorías que conforman el pueblo soberano.

V. BIBLIOGRAFÍA

- ADLER-LOMNITZ, Larissa; LOMNITZ, Claudio y ADLER, Ilya. «El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en México en 1988». *Nueva Antropología*, 1990, vol. XI (38): 45-82.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor. «Nocturno de la democracia mexicana». *Revista Nexos*, 2016.
- ANSELIN, Luc. «Spatial Econometrics». En BALTAGI, Badi (ed.). *A Companion to Theoretical Econometrics*. Malden: Wiley-Blackwell Publishing, 2001.
- BECCERRA, Ricardo; SALAZAR, Pedro y WOLDENBERG, José. *La mecánica del cambio político en México: elecciones, partidos y reformas*. México: Cal y Arena, 2000.
- CARPIZO, Jorge. *El presidencialismo mexicano*. México: Siglo XXI, 1978.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel. *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*. México: J. Mortiz, 1972.
- DUVERGER, Maurice. *Les partis politiques*. París: Armand Colin, 1951.
- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Rogelio. *Historia Mínima de El PRI*. México: El Colegio de México, 2016.
- INSTITUTO NACIONAL ELECTORAL. *Informe sobre el registro de candidaturas independientes en el proceso electoral federal 2014-2015 y las acciones realizadas para garantizar su financiamiento público y el acceso a la franquicia postal, en cumplimiento al punto quinto del acuerdo INE/CG88/2015*. México: INE, 2015.

12. Para un botón de muestra de dicho debate, pueden consultarse los intercambios recientes entre H. CAMÍN (2016), J. WOLDENBERG (2016) y S. LOAEZA (2016) en la revista *Nexos*, entre muchos otros más.

- KLESNER, Joseph y LAWSON, Chappell. «Adiós to the PRI? Changing Voter Turnout in Mexico's Political Transition». *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 2001, vol. 17 (1): 17-39.
- LAAKSO, Markku y TAAGEPERA, Rein. «Effective Number of Parties: A Measure with Application to West Europe». *Comparative Political Studies*, 1979, vol. 12 (1): 3-27.
- LATINOBARÓMETRO. *Opinión Pública Latinoamericana, 1995-2015*. Disponible en: <http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>. Fecha de consulta: agosto, 2016.
- LIJPHART, Arend. *Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*. Barcelona: Ariel, 2000.
- LOAEZA, Soledad. *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994: oposición leal y partido de protesta*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- LOAEZA, Soledad. «La democracia mexicana y el mal gobierno (Comentarios al “Nocturno” de Aguilar Camín)». *Revista Nexos*, 2016.
- MINVIELLE, Erwann y SOULAH, Sid-Ahmed. *L'analyse statistique et spatiale. Statistiques, cartographie, télédétection, SIG*. Nantes: Éditions du temps, 2003.
- PEDERSEN, Mogens N. «The Dynamics of European Party Systems: Changing Patterns of Electoral Volatility». *European Journal of Political Research*, 1979, 7: 7-26.
- REVELES, Francisco (coord.). *Los partidos políticos en México: ¿crisis, adaptación o transformación?* México: Gernika/UNAM, 2005.
- SARTORI, Giovanni. *Parties and Party Systems. A framework for Analysis*. New York: Cambridge University Press, 1976.
- SONNLEITNER, Willibald; ALVARADO, Arturo y SANCHEZ, Arturo. «La paradoja mexicana: de la evaluación de la calidad técnica de las elecciones de 2012, al debate sobre la calidad del voto y a la cuestión de la legitimidad democrática». *Revista Mexicana de Derecho Electoral*, 2013, 4: 369-392.
- WOLDENBERG, José, «Sobre “Nocturno de la democracia mexicana”. Convergencias y divergencias». *Revista Nexos*, 2016.